

Gotas nada más

SONO el timbre de mi despacho, en el número 5 de la calle del Príncipe. Como el único ordenanza que nunca tuve se hallaba gozando de unas vacaciones inexistentes, acudí en persona.

—¿Señor Amargo?

—Soy yo —dijo, aunque, habitualmente, la aclaración, por mi jeta, resulta innecesaria.

La desconocida era una mujer cuarentona de muy buen ver, con una morcilla de grasa bajo los maxilares que le rompía el óvalo de la cara, y unos excelentes ojos verdes que conservaban un curioso aire de inocencia.

—Soy Barbara Hicks —dijo—. ¿Puedo pasar?

—Perdóneme —me excusé muy finamente, y trasladé mi esqueleto a un

lado del oscuro y ruinoso pasillo, ese pasillo que el casero me viene prometiendo arreglar desde hace quince años—. Pase, por favor.

Sus nalgas me precedían ahora en dirección al cuarto del fondo. Como, dicho sea de paso, el espectáculo de una cacha que sube y otra que baja, y así sucesivamente, lo encontraba yo particularmente grato, la dejé ir hasta mi despacho, dimos la vuelta a la mesa y volvimos, sin decir palabra, hasta el vestíbulo. Ella me miró entonces con sus ojos glaucos.

—¿Le parece que nos sentemos? —dijo. Hablaba un castellano silbante, enhebrado en una música destemplada como la que se saca a un peine con un papel de fumar. Me tendió unas supuestas cartas de recomendación, que yo, un caballero español, rechacé con gesto de caballero inglés. Barbara me dijo entonces lo peor que se me puede decir: Soy profesora de Literatura española.

Y me nombró una Universidad desconocida y remota, al otro lado de la frontera, uno de esos lugares, entre miles, donde se estudia nuestra lengua y nuestra literatura.

—¿Puedo servirle en algo?

—¡Oh, sí, desde luego! —dijo, y parpadeó con el encanto y la viveza de un viejo atacado por el tracoma—. Preparo un libro sobre el cuento español actual, y unos colegas me han asegurado que usted podría ayudarme.

—¿Ha visto ya a Suárez?

—¿A quién?

—Al presidente del Gobierno.

Barbara Hicks, turbada, consultó su bloc de notas.

—Tengo algunos nombres anotados —dijo—. Aldecoa, Cela, Jorge Campos...

—Son buenos cuentistas, no diría yo que no —y me pinté un incisivo de negro con el rotulador—. Sin embargo, el verdadero cuento español moderno no se encuentra en esos y en otros autores. Ella tenía ya en

su mano el implacable bolígrafo. El gran cuento español de nuestros días es una creación colectiva.

—No le entiendo, excúseme —dijo Barbara.

—Para no hacerle la historia demasiado larga, le diré que el cuento comienza cuando un viejo dictador muere bajo el manto de la Virgen del Pilar. Un comienzo trepidante, créame.

—Sin embargo —objetó Barbara—, no me parece muy higiénico para un moribundo.

—No se preocupe —le dije—. Se trata de una figura retórica para designar que alguien ha muerto en gracia de Dios.

—¿En gracia de Dios, asfixiado, sin oxígeno?

—Había también un brazo incorrupto,

que es cosa que alivia mucho, pero le ruego que no me interrumpa... Como la dictadura es impresentable, los grupos hegemónicos deciden aprovechar alguna idelca del viejo, y el país se constituye de hecho en una Monarquía. Pero hace falta una Constitución. En el tiempo que media entre finales del año setenta y cinco y nuestros días se suceden episodios trágicos, jocosos, divertidos; escenas de travestismo político que hacen aullar al personal. Pero la Constitución se hace.

Barbara aprobó con la cabeza y continuó tomando notas.

—Al pueblo se le propone un texto constitucional ambiguo, impreciso, se le agitan ante los ojos los viejos fantasmas de la guerra civil y se le dice que tiene que votarlo. Lo que nadie le señala es que ese texto es, en realidad, un cheque en blanco, y que el valor real de la Constitución dependerá del contenido de las leyes que la desarrollen con posterioridad. El grupo hegemónico sabe que podrá realizar una Constitución a su medida en el Parlamento, y sabe también que los partidos políticos jamás podrán acceder al poder y que, si lo hicieran, el temor a la intervención del Ejército y la presión de la Iglesia serían más que suficientes para disuadirlos de sus ansias reformistas.

—¿Qué autores destacaría usted en este cuento? —preguntó Barbara.

—No me gustaría darle nombres concretos, ante el temor de olvidar alguno. Sin embargo, hay autores fascinantes, que brillan con luz propia; tal es el caso del viejo Arias, de Fernández-Miranda, de Adolfo Suárez y, más recientemente, de Abril Martorell.

—¿Qué hago, entonces, con los escritores que tenía anotados?

—Olvídelos. Son unos simples principiantes.

Y alzándome bruscamente de mi viejo sillón de madera, invito a Barbara a tomar unos picatostes en Grignolino. ■

LOS HISPANISTAS

ANTON AMARGO

ARTE LET



LIBROS

Carpentier, viajero por España

Los antiguos, nos recuerda Fernando Sánchez-Drágó en el primer volumen de "Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España", identificaban este país con el Jardín de las Hespérides, los Campos Eliseos y el Hades o tierra de los muertos. Y añade: "Entre las víctimas de ese antiguo espejismo figuran los escritores románticos, los maestros de la generación perdida, los soldados de ventura de las Brigadas Internacionales y los turistas que ahora nos visitan" (1).

Alejo Carpentier, "el último novelista francés, que escribe en español" (como maliciosamente le definió Guillermo Cabrera Infante en "Tres tristes tigres"), no fue una excepción.

En los años de estancia parisiense, allá por la década de los treinta, Carpentier cuando todavía no era novelista (había escrito ya "Écume-Yambo-O!", que publicaría en 1933 en Madrid, sino periodista ("Hacer periodismo —confesaría años después recordando ese tiempo— significa, para el novelista, establecer un contacto directo con el mundo"), siente un día la necesidad de cruzar, él también, los Pirineos. Adentrarse en España y contar sus sensaciones, convirtiéndose, gustosamente, en víctima de ese espejismo de que habla Sánchez-Drágó.

Y como, antes que nada, es escritor no guarda para sí sus impresiones, sino que las traslada al papel. Sus comentarios se publican en dos revistas cubanas de la época: "Social", en cuya sección de modas había colaborado con el pseudónimo de "Jacqueline" y en "Carteles", revista importante y de la que llegará a ser redactor-jefe.

Artículos éstos sobre España que, como suele ocurrir, reposaban, semio olvidados, en las hemerotecas y de donde, desempolvándolos, los ha sacado Julio Rodríguez-Puértolas, compilador

(1) T. I, pág. 48. Libros Hiperión/Perla, 1976.

y prologuista de "Bajo el signo de la Cibeles" (2).

Reciente la publicación de la que quizá sea su última gran obra, "Consagración de la primavera" y más reciente todavía "El arpa y la sombra" (ambas en Siglo XXI de España), aparece ahora este librito menor y variopinto, que recoge diversos y diferentes escritos con un denominador común: España.

Habla Carpentier, desde su amado París, de Picasso, de Albéniz, de Falla, de Buñuel, de Dalí, de Alberti, de Raquel Meller, de Antonia Mercé "La Argentina", del arte jondo, del Cid,

años más tarde, el escritor debe entrar por el Pirineo catalán. España está en guerra y él, como tantos otros escritores, acude a España a participar en el segundo congreso de escritores antifascistas en defensa de la cultura que se va a celebrar en julio de 1937 en Valencia.

El estilo del viajero ya no puede ser el mismo. Ya no hace tanto hincapié en el costumbrismo típico y tópico —del que, en ocasiones, no había sabido sustraerse en su anterior viaje—, sino que, escritor él comprometido y antifascista, resalta, en primer lugar y fundamentalmente, en estas

llas crónicas publicadas por "Social" y "Carteles". ■ JAVIER GOÑI.

Pasiones y dispersiones del cuerpo

Catulo es, entre nosotros, casi un "poeta maldito": expurgado y oculto, por la frescura erótica de casi todos sus versos, ha sido relegado al desván de lo no traducible, en un país que ya rechaza en general la literatura clásica, griega o latina, dejándola para

llena, para devolvernos la gratitud —en el sentido de "gracia"— del mensaje poético que inventó gozoso y triste, el triste y gozoso Catulo.

Comienza el libro con un largo prólogo de unas ciento veinte páginas, que no es —Villena no lo quiere así, y es posible que Catulo tampoco lo hubiese apreciado de ese modo— un estudio detallado y profundo sobre la época ni el estilo determinado del poeta; nada más lejos de la erudición pesada y académica que el trabajo de un poeta que charla amablemente, haciendo casi inexistente el espesor del papel que le separa del lector, a la vez que le une con él, sobre otro poeta; que nos cuenta sus licenciosas costumbres, sus amores, sus ternuras. Y, sin embargo, no olvida Villena el situarnos al autor en su tiempo, a colocar su obra en un contexto de costumbres, de rencillas políticas, de banquetes, termas y orgías: a narrar, en fin, la vida de la Roma de César, entonces en el principio de su grandeza civilizadora. Pero lo hace con ligereza, pasando amablemente sobre tales motivos, que le sirven de telón de fondo para realzar la obra de Catulo, y su personalidad.

Se deja llevar también Luis Antonio de Villena —y todo buen retratista lo hace— por un afán de reflejarse, hasta cierto punto, en su modelo: y así, la "Nox Catulliana", homenaje con que cierra su estudio sobre el poeta, es la "Nox Matritensis", que nuestro Villena tan bien conoce. Noche de Madrid, esplendorosa, que guarda con la romana curiosas semejanzas: el amor a la charla reposada, a la aventura fácil, a los perfumes y al alcohol.

La traducción es impecable: Villena nos da el texto bilingüe, y no teme hacer uso de vocablos expurgados en traducciones anteriores por lo "escabrosos" que podían parecer. Devuelve el sentido erótico a un poeta que hizo del erotismo el fundamento de su obra. Y eso ya es, por sí solo, de agradecer. ■ EDUARDO HARO IBARS.

El comercio espiritual en USA

Llegan hasta nosotros, incesantemente, mensajes de la Norteamérica rica, consumista, or-



Alejo Carpentier.

de una versión de "La Numancia" estrenada en la capital francesa, etcétera.

Puertolas llama la atención acertadamente sobre las crónicas de la tercera parte del libro, la parte "viajera". Las primeras son el resultado de su viaje a Madrid, en 1933, año en que publica, ya ha quedado dicho, su primera y primeriza novela, "¡Ecue-Yamba-O!".

En aquel viaje, Carpentier entró por el País Vasco. Cuatro

(2) Crónicas sobre España y los españoles, 1925-1937, libro subtitulado así, que ha publicado la Editorial Nuestra Cultura.

crónicas de guerra la lucha heroica de un pueblo, víctima de los bombardeos.

"Bajo el signo de la Cibeles" no es, ni tenía por qué serlo, obra importante y decisiva en la producción del escritor cubano, Premio Cervantes de la Lengua Española. Algunos de estos recuerdos, que ahora se publican, los emplearía años más tarde Carpentier en obras de mayor envergadura, como, por ejemplo, en "Consagración de la primavera", en donde, como ha visto Rodríguez-Puertolas, aparecen fragmentos de algunas de aque-

aburrimiento de escolares y universitarios, que han de aprender en ella a traducir, más que ocuparse de gozarla. Y la poesía —esté en el idioma en que esté— es algo que hay que gozar; esa es, precisamente, su lección, la aprovechable. Es mucho más importante para nuestra formación y para nuestro espíritu el conocer a un poeta que el conocer su idioma; sobre todo, si —como en este caso— se trata de un idioma muerto, que sólo vive en sus poemas. Es de agradecer el esfuerzo conjunto de Ediciones Júcar, y del poeta Luis Antonio de Vi-